

homicidios, de adulterios y de infamias execrables. Sin embargo, el arzobispo de Besanzon tomó á su cargo su defensa. Mas al ir á hablar éste, enmudeció de repente, y fue el primero que publicó como un milagro lo que le sucedia. Acordáronse entonces los circunstantes de que San Remigio, á quien se miraba como presente en sus reliquias, hizo antiguamente otro prodigio igual, privando del uso de la palabra en un concilio á un obispo arriano. El Papa exclamó vertiendo lágrimas: „sí, sí: todavía vive San Remigio;” y levantándose con todos los padres, corrió á postrarse ante el sepulcro del Santo, entonando una antífona en alabanza suya. Inspiró este suceso mucha docilidad y un terror muy grande. Los que se habian retirado furtivamente del concilio, ó habian dejado de asistir á él sin escusa legítima: los que habian sido escomulgados ó citados al concilio de Roma para el año siguiente y habian pretextado la necesidad de hacer la guerra á los rebeldes; todos sin la menor reclamacion sobre la falta de formalidad, sobre lo acelerado de los procedimientos, ni sobre la insuficiencia de un concilio de tres dias para el exámen y despacho de una infinidad de asuntos, conocieron por último sus faltas, y se sujetaron casi sin escepcion á la sentencia fulminada contra ellos. Hasta los mismos pueblos mostraron el celo mas vivo en hacerlo llevar á efecto contra el corto número de los que permanecieron refractarios, ó eran sospechosos de indocilidad. Y sabiendo los habitantes de Sens que su arzobispo Gueldin ha-

bia sido escomulgado espresamente por no haber asistido al concilio, y quizá tambien por haber intrigado contra su celebracion, le arrojaron de su silla y eligieron otro pastor.

Hubo tambien algunos señores escomulgados espresamente por haber contraido matrimonios ilegítimos, y se prohibió á Guillermo, duque de Normandía, casarse con la hija del conde de Flandes á causa del parentesco que tenian. Formaron despues doce cánones, que no son mas que una renovacion de los antiguos, y por lo mismo seria inútil repetirlos. Observamos en este concilio una cosa muy notable y que parece muy singular, atendida la circunstancia de los lugares, que sin duda eran de los mas católicos, pues se declaró en la primera sesion que solo el Papa era primado de la Iglesia universal. Es necesario recordar que estaba muy cerca el término de la independenciam cismática á que aspiraban mucho tiempo habia los patriarcas de Constantinopla, atribuyéndose el título soberbio de ecuménicos, y que existia alguna causa para temer que con estas denominaciones ambiciosas se arraigasen insensiblemente entre los occidentales semejantes ideas y pretensiones. Lo cierto es, que el arzobispo de Santiago en España habia tomado ya el título de Apostólico, que era entonces propio del sucesor de San Pedro. Para reprimir esta temeridad, dieron á entender que el uso de tales dictados era una usurpacion de los derechos del Vicario de Jesucristo; por lo que escomulgaron en la sesion tercera al arzobispo español que daba un

ejemplo tan peligroso al occidente. Observamos igualmente en este concilio de Rems, que al principiarse dicha sesion cantaron el *Veni Creator*, siendo este el primer monumento que nos resta de la antigüedad de este himno, cuyo autor ignoramos.

38. Ordenados en Francia los asuntos pertenecientes á la Religion, volvió el Papa á Alemania, y celebró en el mes de Noviembre el concilio de Maguncia que habia indicado anteriormente (1). Concurrieron á él como unos cuarenta obispos, incluso cinco metropolitanos, entre quienes se distinguia como uno de los mas ilustres San Bardon, arzobispo de aquella diócesis. Estaba tambien presente el Emperador Enrique con los señores de Germania, y se trató del mismo modo que en Francia de remediar los desórdenes que reinaban en el pais, particularmente la simonía y los matrimonios de los clérigos. Acusaron á Sibicon, obispo de Spira, de incontinencia, y con justa causa; pero tuvo la temeridad sacrilega de querer ostentar su inocencia con la prueba del cuerpo y sangre de Jesucristo, y al momento fue acometido de una parálisis que le dejó torcida la boca para todo el resto de sus dias (2).

39. Murió San Bardon año y medio despues de este suceso, á 10 de Junio de 1051. Habia sido monje de la abadía de Fulda, donde solo queria vivir con la mayor sencillez y humildad, sin embargo de que era pariente de la Emperatriz. Un dia en que

(1) *Tom. 9. Conciliar. pag. 1046.* (2) *Sæc. VI. Bened. part. 2. cap. 6.*

se reían de él sus hermanos porque estaba leyendo el pastoral de San Gregorio, les respondió en tono de chanza. „Acaso, les dijo, habrá algun Rey, que no sabiendo á quien hacer obispo, ponga los ojos en mí.” Progresando mucho en los estudios bajo la direccion y enseñanza del abad Archambaldo, que fue despues arzobispo de Maguncia, y mostrando no menos prudencia que doctrina, le encargó el abad Ricardo el gobierno de un nuevo monasterio fundado cerca del antiguo. El Emperador Conrado, que miraba con particular inclinacion á los religiosos de Fulda, visitó aquel nuevo establecimiento, quedó prendado del buen orden que hacia observar en él Bardon, tomó cariño á este piadoso pariente de su esposa, le dió la abadía de Verthina cerca de Colonia, en seguida la de Herfeld, inmediata á Fulda; y en fin, despues de la muerte de Aribon, arzobispo de Maguncia, le encumbró á esta silla, siendo de edad de cincuenta años con corta diferencia. Mas no tardó á temer que este buen monge no pasaria de la clase de un obispo muy mediano.

Hallándose Bardon con el Emperador en Goslar en las fiestas de Navidad, ofició el primer dia, segun la prerogativa de su gerarquía. Era costumbre que el celebrante predicase despues del Evangelio: lo ejecutó el nuevo arzobispo, y sin duda no dió motivo para que se admirase su elocuencia. Hablaron de esto muchos críticos con gran libertad: no faltó quien repitiese por todas partes sus declamaciones; y se vituperó sin ninguna circunspeccion á los

que habian elevado á un simple monge á una dignidad tan eminente. El dia inmediato, que era el de San Estévan, cantó la misa Thierrí, obispo de Metz, y predicó un sermón elocuente: „esto es, decian, lo que se llama predicar: este sí que es obispo.” El dia de San Juan preguntaron á Bardón quien habia de officiar, y respondió que lo ejecutaría él. Temiendo sus amigos las resultas, se valieron de varios pretestos para que desistiese de semejante pensamiento. Pero él no dió oídos á nadie, subió al púlpito, escitó la admiración de todo el concurso, y no hubo quien pudiese contener las lágrimas. Luego que pasó, según costumbre, á sentarse á la mesa con el Emperador: „hoy es para mí el dia de Navidad, le dijo Conrado: la envidia y la malignidad quedan confundidas.” En una palabra, no sabia como manifestarle su alegría. Mas el arzobispo hizo tan poco caso de los elogios de este dia, como del desprecio de los precedentes: se retiró de la corte lo mas pronto que pudo, y fue á confinarse en su diócesis, la que gobernó por espacio de veinte años de tal modo, que mereció ser colocado en el número de los santos que venera públicamente la Iglesia.

40. Tuvo por sucesor á Liupoldo, dean de la iglesia de Bamberg, y memorable por uno de aquellos rasgos interesantes para los lectores que atienden mas al alma que al cuerpo de la historia (1). Celebrando el santo sacrificio de la misa delante de Leon IX en otro viage que hizo este Papa á Alemania, un

(1) *Chron. Sax. ann. 1052. Abb. Usperg.*

diácono del país cantó, según el uso de su iglesia, una lección después de la primera oración de la misa. Había en Roma diferente costumbre, y algunos romanos de la comitiva del Papa le persuadieron que prohibiese al diácono continuar su epístola. El diácono, que era un jóven de bastante viveza y nada cobarde, continuó cantando en el mismo tono de voz con que habia empezado; y llamándole el Papa, le degradó inmediatamente. Prosiguió el arzobispo sin hacer ninguna novedad hasta el momento del sacrificio; pero entonces se sentó en su silla, y protestó que ni él ni otro acabaría la misa, si no se le restituía su diácono. Leon IX, á quien tachan algunos de que tenia un celo tal vez demasiado vivo, mostró en esta ocasión que sabia templar su ardor cuando era necesario, y aun reprobar los consejos que se dirigian á escitar su indignación. Al momento entregó el diácono revestido de todos sus ornamentos, y rehabilitado por este mismo hecho, después de lo cual concluyó Liupoldo el sacrificio. Se debe considerar aquí, dice el autor original, por una parte la firmeza del metropolitano en sostener su dignidad delante del Papa, y por otra la oportuna humildad con que conoció el Papa la necesidad de ceder al metropolitano en su provincia; reflexión muy juiciosa y exacta en el caso presente, esto es, con relación á los usos antiguos de una iglesia muy respetable, cuando no hay abuso en ellos, ó no se ha procedido á averiguar si le hay efectivamente.

Después de haber remediado los desórdenes de

Alemania, volvió el Papa Leon á Italia, esforzándose á restablecer la pureza de las costumbres y de la disciplina durante su viage, y procurando con todo su poder el mayor bien de la Religion. Al pasar por la Lorena se llevó consigo á Humberto, abad de Moyen Moutier, y le hizo obispo y cardenal. Pronto veremos como se distinguió este prelado entre los mas ilustres de su siglo, así por su ciencia como por lo mucho que sirvió á la Iglesia. En Siponto, ciudad situada á la falda del monte Gargano, celebró Leon otro concilio en que depuso á dos arzobispos simoníacos.

41. Poco despues de las solemnidades de Pascua celebró por fin en la Iglesia de Letran el concilio romano que habia indicado, al cual asistieron cincuenta y cinco entre obispos y arzobispos, siendo muchos de ellos del reino de Francia, como interesados principalmente en los asuntos que habian de tratarse en él á consecuencia del concilio de Rems (1). Se confirmó la deposicion de Gelduino de Sens; pero creyó el prudente Pontifice que debia rehabilitar al sucesor que se habia nombrado de un modo irregular, aunque con justicia, en lo substancial de la eleccion. Hugo de Langres, acusado de tantos delitos, habia conservado siempre la fe, y aun mucho celo contra los hereges, pues es el primer autor de quien se tiene noticia de que haya escrito contra Berengario. El horror de la escomunion y el estado deplorabile de su conciencia, escitaron sus remordimien-

(1) *Herm. Conc. ann. 1050.*

tos. Fue descalzo á Roma, y no solo confesó sus pecados al Papa, sino que se presentó al concilio con la espalda desnuda y con varas en la mano, suplicando á los padres que por medio de una correccion saludable le libertaran de los castigos eternos que conocia haber merecido por sus grandes maldades. Se enternecieron y lloraron los obispos: el Papa estaba inclinado á tratarle con toda indulgencia, y deseaba restablecerle en su dignidad episcopal haciendo una escepcion á las reglas comunes; pero Hugo no quiso emplearse en otra cosa que en llorar sus estravíos, se retiró á San Vannes de Verdun, donde era abad su hermano Valleran, tomó allí el hábito monástico, y murió algun tiempo despues con los mas vivos sentimientos de penitencia. Se habia citado tambien al concilio de Roma al obispo de Dol en Bretaña, y á los que decian ser sus sufragáneos, para que respondiesen sobre su resistencia en sujetarse al arzobispo de Tours; y no habiendo comparecido, fueron escomulgados como contumaces y sospechosos del delito de simonia. El Papa Leon canonizó en el concilio de Letran á San Gerardo, que habia sido uno de sus predecesores en la silla de Toul (*).

(*) En el mismo año del concilio de Letran, que fue el de 1050, se tuvo en España otro concilio con la anuencia del santo Papa Leon IX. El Grande Rey D. Fernando habia ya sujetado y hecho sus tributarios á la mayor parte de los Príncipes moros, y dilatado sus dominios de Castilla y Leon con sus rápidas marchas y conquistas. Desde el 1044 en que logró tener asegurados y pacíficos sus reinos, principió á acometer á los musulmanes que dominaban en Portugal, y sucesivamente á todos

42. Pero el asunto mas importante que se trató en él, fue el exámen de los errores de Berengario, delatados al mismo concilio (1). Este falso doctor, que puede mirarse como el primer heresiarca que

los que confinaban con las tierras de su corona. En seis campañas consecutivas se apoderó de Visé, Lámego y Coimbra en Portugal; de Gormaz, Aguilera y Berlanga en los confines de Castilla; de Talamanca, Uceda y Guadalajara en el reino de Toledo; de todos los pueblos limítrofes del Rey moro de Zaragoza; taló sus provincias, arruinó sus fortalezas, é impuso á todos los vencidos un tributo anual; obligándoles de este modo á respetar, no solo el poder del imperio cristiano, sino tambien la Religion y el culto de los fieles que vivian bajo sus dominios.

Viendo, pues, en 1050 rendidos á todos sus enemigos, convirtió los cuidados de la guerra en los estudios de la Religion y de la paz; y reconociendo que así el estado eclesiástico y monástico como el secular necesitaban de grande reforma, determinó convocar los prelados y los principales señores de sus reinos, para que en un congreso que fuese juntamente concilio eclesiástico y córtes de la nacion, se prescribiesen las leyes necesarias para abolir todo linage de abusos. Se señaló para lugar de la asamblea á Coyanca, llamada despues Valencia de D. Juan, en la diócesis de Oviedo: concurrieron el dia designado el Rey y la Reina, los obispos Froilan de Oviedo, Cipriano de Leon, Diego de Astorga, Miro de Palencia, Gomez de Visé, Gomez de Calahorra, Juan de Pamplona, Pedro de Lugo y Cresconio de Iria ó Santiago, con gran número de abades y grandes del reino. Formáronse en este congreso trece cánones ó constituciones muy saludables; entre las que son de notar principalmente, la segunda que manda observar en todos los monasterios de España la regla de San Benito, y los sujeta á los propios obispos, evitando así la confusion y tiranía que egercitaban los legos en algunas casas religiosas: la tercera que ordena á los clérigos es-

(1) *Mabill. Præf. = Sæc. VI. Bened. part. 2. = Vit. S. Leon. IX. ap. Bolland. tom. 10. pag. 645.*

hayan producido las Galias, habia nacido en el pais de Tours con todas las cualidades convenientes á los novadores; pero sobre todo con una inclinacion declarada á las ideas nuevas y á las aventuras arriesgadas, con un amor desordenado de la preferencia, con el talento de recomendarse, y con un espíritu al mismo tiempo obstinado y flexible, incapáz de variar, y siempre pronto á retractarse. Enseñó en su patria, conservó la escuela de Tours siendo arcediano de Angers, y adquirió la reputacion de ser uno de los maestros mas hábiles que habia en las Galias.

En este tiempo un jóven italiano llamado Lanfranco, que habia concluido la carrera de sus estudios en Pavía con un crédito extraordinario, fue á buscar á Francia la fama, porque tenia para él un lugar bajo la jurisdiccion del obispo, y que ningun lego pueda tener jurisdiccion sobre ellos ni sobre las iglesias; prohíbe tambien á los eclesiásticos el uso de las armas. En el decreto octavo se manda que en Leon, Galicia, Asturias y Portugal se juzgue por las leyes del Rey D. Alfonso V, y en Castilla por las del conde D. Sancho, que se llamaron despues *Fuero viejo de Castilla*. El duodécimo confirma el derecho de asilo concedido á las iglesias, estendiéndole á treinta pasos en derredor como hizo el sínodo Helenense. Por fin, el décimo-tercero prescribe y recomienda á los vasallos la fidelidad y obediencia debida al Rey, escomulgando á cualquier transgresor y privándole de todos los honores; y por el mismo decreto confirma el Rey así á los de la corona de Leon como á los de Castilla sus fueros y libertades. Las demás leyes de este concilio se dirigen al buen régimen de la Iglesia, y á la recta administracion de justicia en los pueblos. Estos decretos han dado márgen á algunas cuestiones entre los sabios, las cuales se pueden ver en Ferreras tom. 5, pág. 77 y sig.

atractivo irresistible. Tuvo con Berengario una disputa pública en que no recibió muchos aplausos el profesor tan celebrado. Aunque solo se trató de cuestiones muy indiferentes, muchos discípulos de Berengario perdieron la alta idea que tenían de su sabiduría, y le abandonaron. Yendo Lanfranco algun tiempo despues á la capital de Normandía, fue acometido por unos ladrones que le robaron en una selva, y le dejaron atado á un árbol (1). Inspirándole sentimientos de piedad el peligro y la desgracia, quiso cantar las alabanzas de Dios; pero como no sabia ninguna de memoria, se avergonzó del honor que habia adquirido en las ciencias profanas, cuando era tan ignorante en la de la salvacion. „Señor, exclamó, libradme del peligro en que me hallo, y con vuestra gracia yo aprenderé á servirlos.” Hecha esta oracion, oyó que pasaban unos caminantes, y les pidió socorro. Luego que le desataron, les suplicó que le dijese cuál era el monasterio mas pobre de aquel pais. „No conocemos otro mas pobre ni mas santo, le dijeron, que el que ha edificado aquí cerca un buen hombre;” y le pusieron en el camino que guiaba á él.

43. Era el del Pico ó Bec, llamado así en lengua céltica por el arroyo ^{en} cuya orilla se construía en un estado muy diferente de lo que llegó á ser despues. Herluino era el abad, el fundador, el arquitecto y el albañil, con algunos pobres compañeros

(1) *Vii. sæc. VI. Bened. part. 1. pag. 635. -- Bolland. tom. 17. pag. 838.*

que habia reunido (1). Descendia no obstante de Ansgor, de la familia de los primeros Príncipes normandos que pasaron de Dinamarca, y de Heloisa, parienta de los condes de Flandes; y por las pruebas que habia dado de valor, le estimaba muy particularmente Gilleberto, conde de Brionne y nieto del duque Ricardo I; pero habia dejado todas estas ventajas por entregarse á las ocupaciones mas viles y á una vida tan austera que consistia todo su alimento en pan de centeno y en algunas yerbas cocidas con agua y sal. Su madre renunció igualmente los bienes del siglo, y se retiró á un parage inmediato á aquel monasterio para lavar los hábitos de los monges, y ocuparse en otras tareas de esta clase.

Cuando llegó Lanfranco al Pico, encontró á aquel santo hombre empleado en construir por sí mismo un horno. No pudo ver esta santa simplicidad sin enternecerse, y postrándose á los pies del abad se los besó con gran respeto. Herluino por su parte se admiró de la humildad de un hombre tan sabio, y creyó haber encontrado el sugeto que pedia al Señor para instruir á sus discípulos, porque él se conocia incapáz de egecutarlo. En efecto, apenas sabia leer, pues antes de su retiro no se habia dedicado á las letras, segun la costumbre de la nobleza de aquellos tiempos. No obstante, pasó Lanfranco tres años en la mas perfecta soledad, á fin de instruirse en las obligaciones de la vida monástica, y particularmente en los divinos oficios segun la promesa que habia hecho á Dios.

(1) *Sæc. VI. Bened. part. 2. pag. 343.*